

BRAVO.

Te admiro yo, cuando á tu hogar bendito
Llevaron una vez los bramadores
Vientos de las montañas, aquel grito
De libertad que resonó en Dolores,

Y lo oyes con placer, y le haces coro—
En el Palmar, en Chichihualco,—entónces,
En los despeñaderos de Coporo,
Entre el hórrido estruendo de los bronce!

Te admiro yo tambien, porque cambiaste
El hogar que guardó tu venturanza,
Donde la esposa y bienestar dejaste,
Por el campo escarbado de matanza,

Queriendo libre ver la fabulosa
Águila de Tenoch que oprimia fiero,
Como la presa suya más valiosa,
Con su potente garra el leon ibero.

Te admiro yo porque en la lucha fiera
Jamás te impuso el poderoso embate,
Porque alzaste mil veces tu bandera
Victoriosa entre el humo del combate;

Porque dejando el vencedor acero
Después de las batallas estruendosas,
Siempre encontró en tu boca el prisionero
Palabras de consuelo cariñosas.

Te admiro yo tambien, porque engrillado
Te halló tan digno el opresor tirano,
Que dijo al contemplarte: "*Es destronado
Monarca ese valiente mexicano.*"

Si tanto, héroe, y sin cesar te admiro
En la lucha sangrienta y prolongada
Que este suelo taló, cuando te miro
Por el dolor el alma desgarrada,

Que le concedes libertad y vida
Al enemigo que con impía mano
Te privaba á tí de una tan querida!
La que arrancaba á tu padre anciano!

Entónces calla el labio, mas del pecho,
De lo íntimo de mi alma, sube al cielo
Quizás una oracion, porque ese hecho
Es sin segundo en el mundano suelo.

Con él sólo no más te habria bastado
Para dejar un nombre esclarecido
Y que el mundo te hubiera proclamado!
Mas no sólo por esto grande has sido:

Supistes arrancar á la victoria
Ese caudal magnífico, esplendente,
Con que engalana su dosel de gloria,
Donde descansa tu laureada frente!

ALEJANDRO DEL AVELLANO.

HOMENAJE

AL GENERAL D. NICOLÁS BRAVO

BENEMÉRITO DE LA PATRIA.

Con música de alondras y al tumbo de las olas
Del mar que la arrullaba en dulce balancear,
Envuelta entre sus gasas y en cuna de amapolas
Dormíase la Sultana, la vírgen Anahuác.

De allá del Viejo Mundo, con ojos envidiosos,
Audaz aventurero á la Sultana vió,
Y en frágil carabela los mares tumultuosos,
En pos de su conquista, valiente atravesó.

Pisó con planta altiva la playa mexicana,
Con atrevida mano su nave destruyó,
Y entónces al alcázar se fué de la Sultana,
Y allí, ¡pobre Sultana! cautiva la dejó.

Sus hijos la lloraron un dia tras otro dia,
Y siglo tras de siglo pasó en cautividad,
Hasta que un instante supremo de agonía
Gritaron con el alma: *¡ó muerte, ó libertad!*

Y apréstase el guerrero, se alistan los bridones,
Los sables y las lanzas prepáranse tambien,
Y “¡guerra!” y con estrépito tronaron los cañones,
Y son charcas de sangre los campos de este Eden.

Y “¡guerra al que insolente ha hollado tus hogares!”
Y “¡guerra al que atrevido tu suelo profanó!”
Y “¡guerra!” allá en los montes, y “¡guerra!” allá en los mares,
Y “¡guerra!” en todas partes el eco repitió.

Y de entre aquel estruendo, entre la sangre humeante,
En medio del combate, de entre la mortandad,
De aquel campo escarbado, de allí se alzó triunfante,
Ceñida de laureles, la diosa Libertad.

Entónces la Sultana, su auréola de topacios
En su altanera frente ya pudo colocar,
Y su águila potente mecióse en los espacios;
Y el beso de los cielos la vino á acariciar.

En ese instante mismo, el ángel de la gloria
Bajó á Anahuác sonriente y un nombre recogió,
Y en la hoja más brillante del album de su historia
Con letras de oro—“BRAVO”—por siempre lo grabó.

ALEJANDRO DEL AVELLANO.